



MAYA ERIKSON

y el último secreto

DESTINO

ISABEL ÁLVAREZ

MAYA ERIKSON

y el último secreto



ISABEL ÁLVAREZ

Ilustraciones de Marina Bruno

DESTINO

Destino Infantil y Juvenil, 2023
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrojuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Isabel Álvarez, 2023
© de las ilustraciones: Marina Bruno, 2023
© Editorial Planeta S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: abril de 2023
ISBN: 978-84-08-27048-5
Depósito legal: B. 5334-2023
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

—Señor Redwood, su avión está listo —anunció un hombre con voz temblorosa.

Llevaba gafas y una bata blanca de científico, y era evidente que estaba nervioso.

—Ya era hora, vámonos —contestó Theodore.

Se levantó de su asiento y echó a andar, seguido por sus dos impasibles guardaespaldas.

—Cuénteme de nuevo lo que han descubierto, pero rápido, que ya he perdido demasiado tiempo por culpa de su parsimonia.

—Claro. Accedimos al sistema de la Agencia Japonesa de Exploración Aeroespacial y analizamos los datos del asteroide Ishi, como nos solicitó.

—No le he pedido que me cuente lo que hicieron, sino lo que descubrieron, ¿no me ha escuchado bien? —preguntó con tono burlón—. Vaya al grano, no tengo todo el día.

—Creemos que pequeños pedazos del núcleo cayeron en la Tierra hace miles de años.

Mientras hablaban, salieron a una pista de aterrizaje y continuaron caminando hacia un pequeño y lujoso avión privado.





—¿Y eso a mí qué me importa?

—En realidad, mucho. El material del que está compuesto es lo que hace valioso el resto del asteroide; con sus propiedades, las posibilidades son infinitas. Creo que, con la tecnología adecuada, incluso podría convertirse en una fuente de energía ilimitada, ¿se imagina lo que eso significa?

—¿Cree usted que soy idiota?

—No, por supuesto que no, señor —contestó él; agachó la cabeza con miedo, tragó saliva y se colocó bien las gafas.

Llegaron a las escaleras de acceso al avión, Theodore subió y el científico se quedó abajo.

—¿Va a terminar de contármelo o va a esperar a que lo descubra yo?

—Sí, claro. —Cada vez estaba más tenso y le costaba encontrar las palabras adecuadas—. Hemos analizado la fuerza del impacto y la trayectoria que siguieron los fragmentos que ya están localizados y, con todo eso, hemos calculado el lugar donde impactó uno de los pedazos del núcleo. O, bueno, quiero decir, donde creemos que cayó...

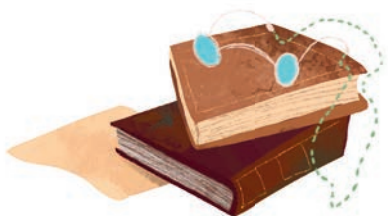
—¿De verdad es incapaz de ser más conciso? —lo cortó—. ¿Ha informado al piloto de cuál es ese lugar?

—Eeh, sí, claro, señor Redwood.

—Bien, pues adiós —se despidió, y cerró la puerta del avión.



1



El láser

—Abuelo, ¿dónde estamos?

—Ven conmigo, te lo explicaré todo.

Caminaron hasta una pequeña casita de madera. Klaus le sirvió a Maya una taza con lo que parecía chocolate caliente y se sentó frente a ella.

—¡Por fin estás aquí! —exclamó sonriente—. ¿Cómo ha ido el viaje? Estarás agotada. ¿Cómo es posible que hayas crecido tanto?

—Han pasado cinco años —rio Maya.

—Demasiados... Siento no haber contactado con vosotros en todo este tiempo, no podía hacerlo.

—¿Por qué?

—Te lo contaré desde el principio, ¿estás preparada?

Maya bebió un sorbo y miró la taza de nuevo: aquello no era chocolate, pero estaba incluso más rico. Después, asintió.

—Todo empezó cuando conocí a Theodore Red-

wood, el actual presidente de la Gran Sociedad Geográfica. Hace treinta años él y yo hicimos un viaje a Costa Rica. Allí encontramos algo que nos llamó la atención: unas pinturas de un ser mitad hombre mitad pájaro.

—Espera..., yo he visto una pintura así —lo cortó Maya—. Bueno, una foto de ella. Estaba en la petrolera de Theodore, en la Antártida.

—Él se quedó con todo el material que recogimos durante el viaje, y aquello fue el inicio de la pesadilla.

—¿Qué tenían de especial esas pinturas?





—Tenían cientos de años de antigüedad y contaban la historia de un supuesto dios que había sufrido un accidente durante uno de sus viajes. El pueblo donde fue a parar lo acogió y lo ayudó a recuperarse, y él, como muestra de su gratitud, les enseñó muchos de sus conocimientos. Además, les dejó un regalo muy especial: unos pájaros con apariencia frágil e inofensiva, pero capaces de transformarse en seres prodigiosos. ¿Te suenan?

—Los quetzales dorados.

—Exacto.

—Los encontré cuando viajé a Costa Rica con mi padre; allí fue donde conocí a sir William. Él intentaba capturar uno de ellos.

—Theodore y él pretendían confirmar su existencia para poder corroborar nuestra teoría.

—¿Qué teoría?

—Después de mucho investigar, llegamos a una conclusión: lo que contaban esas pinturas no era solo una leyenda, realmente había pasado.

—¿De veras?

—Sí, pero con una salvedad: lo que ellos creían que era un dios era, en realidad, un hombre de una civilización muy avanzada, mucho más que la suya, incluso más que la actual, pero que por algún motivo que desconocíamos permanecía oculta.

»Fuimos descubriendo más y más pistas que nos da-

ban la razón, y ambos nos obsesionamos con probar que era cierto. Sabíamos que, fueran quienes fuesen aquellas personas, tenían una tecnología muy lejos de nuestro alcance. ¡Era un descubrimiento increíble!

—Hasta ahora todo suena muy bien. ¿Qué pasó entonces?

—Queríamos averiguar más, pero pronto comprendí que, a pesar de que nuestro objetivo era el mismo, nuestras intenciones eran muy diferentes: yo quería aprender de ellos; Theodore, sin embargo, quería encontrarlos para utilizar sus recursos en su propio beneficio.

»Al darme cuenta, hablé con el resto de nuestros compañeros, pero él se encargó de convencerlos de que era su gran oportunidad de hacerse ricos y de que yo no era más que un chiflado. El rumbo de la organización se descontroló y no me quedó más remedio que abandonarla y continuar mi propio camino.

—¿A qué camino te refieres?

—¡No podía dejar que Theodore los encontrase! Es un hombre sin escrúpulos y eso habría sido muy peligroso para ellos, así que tenía que hallarlos yo primero y avisarlos de lo que estaba pasando.

—Y lo conseguiste...

—Sí: logré llegar hasta aquí, hasta este increíble continente que ha permanecido tanto tiempo oculto. Ellos lo llaman Uleht.

—¿Cómo lo encontraste?

—Me embarqué en decenas de viajes siguiendo pistas falsas hasta que, al fin, fue tu abuela la que me dio la clave, aunque ella todavía no lo sabe. Un día, llegó a casa con un cuadro de un pescador. Me llamó la atención porque era diferente a lo que suele pintar, tenía una luz especial. Ella me explicó que se había inspirado en una vieja leyenda y yo, por curiosidad, le pedí que me la contase.

»Hace más de cien años, un pescador británico afirmó haber encontrado una puerta a otro mundo. Decía que, más allá del mar de Groenlandia, existía un lugar en el que no había hielo, la temperatura era siempre agradable y vivían cientos de especies de animales en armonía. Aquel sitio estaba habitado por personas de aspecto juvenil, con extrañas vestimentas y que hablaban un idioma ininteligible. Él los llamaba «los guardianes».

»Habla también de vehículos voladores y de extraños artilugios del tamaño de un melón que se iluminaban y elevaban, entre otras cosas. Insistía con vehemencia en que todo aquello era real, pero no tenía ninguna prueba.

»Intentó volver en repetidas ocasiones para demostrar que no mentía, pero no lo consiguió. Entonces fue tomado por loco e ingresado en un manicomio.

»Cuando escuché aquella historia, supe al instante que tenía que investigarla, así que viajé hasta su ciudad, conseguí colarme en el manicomio en el que estuvo encerrado y, gracias a un buen amigo, recuperé el diario de aquel hombre.

—¿La leyenda era real?

—Por supuesto que sí, y todo lo que él contaba también.

—Y este es el lugar del que hablaba —dijo Maya mirando al exterior por una pequeña ventana.

—Sí —afirmó Klaus.

—¿Por qué no regresaste a casa después de encontrarlo?

—Ya no podía. Si lo hacía, Theodore podría descubrir su localización y os habría puesto a todos en peligro. Sé que os tiene vigilados desde que me fui, pero ahora todo ha cambiado...

—¿Qué quieres decir?

—Él y sus secuaces empezaron a descubrir demasiadas cosas: primero fueron los quetzales, después empezó a ir tras los meteoritos...

—¿Meteoritos?

—Sí, la daga de Keops, la Hayabusa X...

—¿Qué tienen que ver con esto?

—Ven, te lo mostraré.

Klaus salió de la casita seguido por Maya, y ambos caminaron hasta un edificio metálico, enorme y reluciente. Entraron por un largo pasillo hasta llegar a una puerta. Al acercarse, un teclado holográfico apareció frente a ellos, Klaus marcó un código y la puerta se abrió.

—Bienvenida a un sitio muy especial: la sala del núcleo.



Maya miró a su alrededor: estaban en una inmensa estancia con decenas de personas trabajando, algunas en el suelo, otras subidas en lo que parecían tablas flotantes.

—¿Están volando? —preguntó Maya.

Klaus se rio.

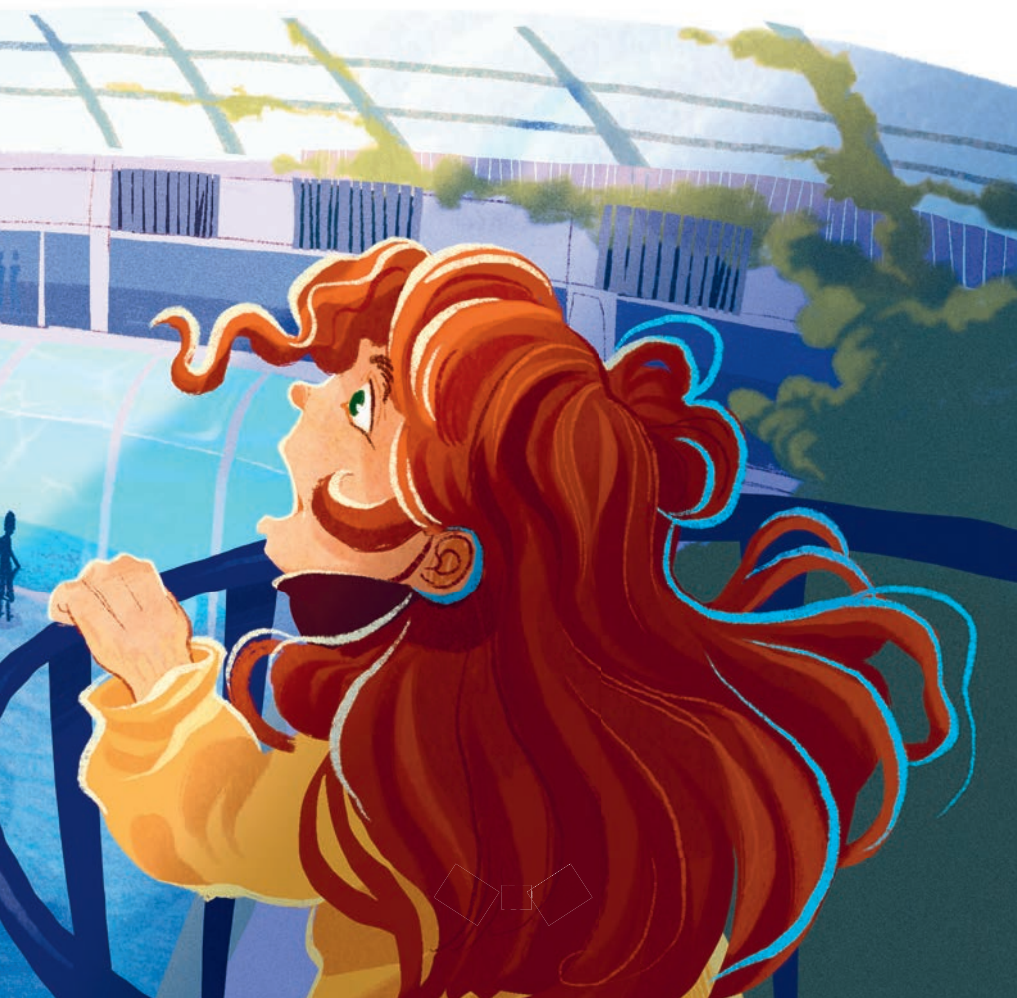
—Son plataformas elevadoras, mucho más cómodas que las escaleras tradicionales y menos aparatosas que las grúas. Algo así como un patinete volador.

—¿Y eso qué es?



En el centro había una extraña máquina con forma de cohete, fina, pero larguísima. Estaba rodeada por muchas personas que trabajaban en ella.

—Ese es el motivo por el que no pude volver con vosotros. Los habitantes de Uleht llevan muchos años centrados en un único objetivo, lo que ellos han llamado el proyecto Infinity: conseguir una energía limpia, ilimitada y universal capaz de revertir el daño que ya ha sufrido el planeta. Esa es la máquina con la que pre-



tenden conseguirlo, y ahí es donde entran en juego los meteoritos de los que hablábamos: no son piedras cualesquiera, son fragmentos de un asteroide cuyo material es muy especial.

—La madre de mi amiga Aiko me lo contó.

—Lo que ella aún no sabe es que hay cientos de fragmentos distribuidos estratégicamente por todo el mundo. Nosotros hemos marcado sus ubicaciones en el Orbe, pero ahora viene la parte más difícil: necesitamos conectarlos.

—¿Conectarlos?

—Esa máquina es un láser. Cuando esté lista, proyectará la luz necesaria para que la energía de esos meteoritos se enlace y se distribuya por todo el planeta. El problema es que nos falta un elemento, un fragmento del núcleo del asteroide que filtrará dicha luz y encajará todas las piezas. Sin él, el sistema no funcionará.

»Según los cálculos que han hecho y analizando la órbita que sigue el asteroide, hace milenios hubo una colisión que hizo que varios fragmentos se desprendieran por el espacio y cayesen a la Tierra.

—¿De verdad?

—No han podido probarlo todavía ni han sido aún capaces de encontrarlos; es solo una teoría, pero es la única posibilidad de que esto funcione.

—Pero... ¿y si se equivocan?

—Maya, por el bien de todos, espero que no. Nece-



sitamos que esto funcione o muy pronto podríamos ser testigos del fin de la vida tal como la conocemos. ¿Lo entiendes?

Maya asintió y comenzó a pasear alrededor de aquel inmenso aparato.

—¿Qué pinta Theodore en todo esto?

—Conoce la existencia del proyecto Infinity y, por supuesto, no está dispuesto a permitir que tenga éxito. ¿Te imaginas lo que significaría eso para sus petroleras?

Ella asintió de nuevo.

—¿Me enviaste tú el mensaje en morse? —preguntó la niña.

—Sí. Empezaban a acercarse demasiado a vosotros, temía que estuvierais en peligro. Utilicé el único medio que no podrían rastrear. Pero ahora...

Klaus hizo una pausa y se rascó la barba.

—¿Qué? —preguntó Maya.

—Sospecho que también tienen pistas sobre la localización de este lugar.

—Abuelo...

—¿Qué pasa?

—Sir William está aquí.